ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

# LA PENA NEGRA,

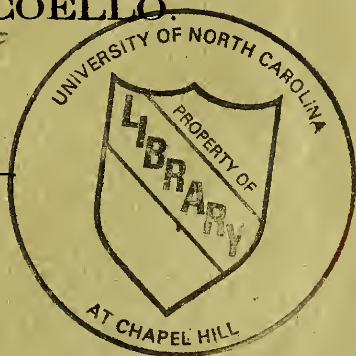
JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

DON CÁRLOS COELLO.




MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

AUMENTO *al Catálogo de esta Galeria de 1.° de Abril de* 1876.

| | | TÍTULOS. | Actos. | AUTORES. | Prop. que corresponde |
|---|---|---|---|---|---|
| | | **COMEDIAS Y DRAMAS.** | | | |
| 5 | 3 | Á cual más bravo—j. a. p.... | 1 | D. José de Fuentes..... | Todo. |
| 10 | 4 a. | Café de la libertad—s. o. v... | 1 | Ricardo de la Vega.. | » |
| 2 | 2 | Cambiar de colores—c. o. v.. | 1 | M. Pina Dominguez.. | » |
| 2 | 2 | Casado y con hijos—j. o. p . | 1 | José Campo-Arana.. | » |
| 2 | 2 | ¡El cuchillo de la cocina!—j. a. p.................. | 1 | José de Fuentes...... | » |
| » | 1 | El despuntar del dia, *monólogo.* | 1 | Adolfo de Castro.... | » |
| » | » | El frac nuevo—c. o. v....... | 1 | Manuel Matoses..... | » |
| 3 | 2 | El primer desliz—c. a. p...... | 1 | Joaquin Valverde... | » |
| 2 | 1 | El vencedor de sí mismo-c. o. v. | 1 | D.ª Mercedes de Velilla.. | » |
| 3 | 2 | En el forro del sombrero-j. o. p. | 1 | D. Fermin M. Sacristan. | » |
| 3 | 2 | En perpétua agonía—c. o. p.. | 1 | Salvador Lastra..... | » |
| 3 | | Hasta la muerte—j. o. p. ... | 1 | José Mota Gonzalez.. | » |
| 4 | 2 | La beata de Tafalla—c. o. v... | 1 | Sres. Salcedo y Carr.° de Albornoz. ....... | » » |
| 5 | 2 | La creacion de la atmósfera.. .. | 1 | A. Corzo y Barrera.. | » |
| 3 | 2 | La ley de Dios—c. o. v...... | 1 | D. R. García Sanchez... | » |
| 1 | » | La gota de rocío, *monólogo*. .. | 1 | Adolfo de Castro.... | » |
| 4 | 4 | La tarjeta de Canuto—j. a. p . | 1 | Sres. Fuentes y Cuenca.. | » |
| 7 | 2 a. | Los misterios del Rastro..... | 1 | Sres. P. Delgado y Ruano | » |
| 3 | 1 | Noticia fresca—j. o. v....... | 1 | Aza y Estremera.... | » |
| 2 | 2 | Regalitos—c. o v. ......... | 1 | D. J. Velazq. y Sanchez. | » |
| 6 | 1 | Salvarse en una tabla........ | 1 | Salvador Lastra..... | » |
| 5 | 2 | Simplezas—j. o. p.......... | 1 | Santa Ana y Jaques. | » |
| 3 | 3 | Todo empieza y todo acaba. *parodia*—o. v............... | 1 | Constantino Gil..... | » |
| 2 | 3 | Una extravagancia—c. o. p.. | 1 | Eduardo Saco...... | » |
| 3 | 3 | Una oveja descarriada—c. o. v. | 1 | E. de Sant. Fuentes.. | » |
| | | Un nin de enredos...c....... | 1 | Francisco Palanca... | » |
| 4 | 1 | Usted dispense—j. o. v...... | 1 | R. García Sanchez... | » |
| 3 | 2 | Ya pareció el padre—j. a. p.. | 1 | J. Balaguer........ | » |
| 4 | 2 | Antes y despues—c. a. v..... | 2 | Navarro y N. Gonz.. | » |
| 3 | 4 | La cigarra y la hormiga ..... | 2 | José V. y Sanchez. | » |
| 10 | 6 | La pena negra.............. | 3 | Cárlos Coello....... | » |
| 11 | 4 | Cinco mil duros—c. a. v...... | 3 | M. Ossorio y Bernad. | » |
| 9 | 8 | Despues de la boda—c. o. p.. | 3 | José Campo-Arana.. | » |
| 4 | 3 | El libre albedrío—c. o. v..... | 3 | Mariano Pina....... | » |
| 6 | 2 | Epílogo de una historia-c. o. v. | 3 | Luis San Juan...... | » |
| 7 | 2 a. | Juan Martin, el Empecinado.. | 3 | Sres. Ferrer y Cuartero.. | » |
| | | La fiesta del hogar.......... | 3 | D. Joaquin Valverde... | Música |
| 6 | 4 | Los dominós blancos—c. o. p.. | 3 | Sres. Navarete y Pina Dominguez.......... | Todo. |
| 7 | 3 | Los grandes títulos—c. o. v... | 3 | F. Perez Echevarría.. | » |
| 8 | 4 | No contar con la huéspeda—c. a. p.................... | 3 | Fuentes y Alcon.... | » |

# LA PENA NEGRA.

# LA PENA NEGRA,

## JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR


DON CÁRLOS COELLO.


Representado por primera vez en el Teatro de la COMEDIA el 17 de Febrero de 1877.




MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

| PERSONAJES. | | ACTORES. |
|---|---|---|
| CLEMENCIA................. | SRAS. | ÁLVAREZ DE HERNANDO. |
| VIRTUDES.................. | | VALVERDE. |
| MATILDE................... | | MORERA. |
| RUFINA.................... | | BALLESTEROS. |
| SEÑORA 1.ª................ | | GONZALEZ. |
| SEÑORA 2.ª................ | | GOMEZ. |
| ALEJANDRO................. | SRES. | MARIO. |
| EL BARON.................. | | AGUIRRE. |
| EL BRIGADIER.............. | | ZAMACOIS. |
| DON SANTOS................ | | BALLESTEROS. |
| MANOLITO.................. | | VIÑAS. |
| CABALLERO 1.º............. | | VALLE. |
| CABALLERO 2.º............. | | LARA. |
| CABALLERO 3.º............. | | BARDO. |
| CONVIDADO 1.º............. | | PEREZ. |
| COBRADOR DE LAS SILLAS.. | | LAHOZ. |
| Convidados, paseantes y criados. | | |

La escena pasa en Madrid y en nuestros dias.

# Á EMILIO MARIO.

De los aplausos y risas que todas las noches alcanza La pena negra en tu lindo coliseo, hay que hacer dos partes iguales: una para los señores Barriere y Decourcelle, autores del *vaudeville Un monsieur qui suit les femmes* en que está basado este juguete, y otra para tí, que has hecho una verdadera creacion de un tipo apenas esbozado, para los actores todos del teatro de la Comedia, que bajo tu hábil direccion, realizan lo que ni yo mismo soñaba, aceptando más de uno papeles indignos de su importancia artística, y poniendo generosamente la que pudiera faltar á esos papeles de la que les sobra á ellos. Sólo así conseguiré darte y dar á la intencionada, distinguida y graciosa Mariquita Tubau, á la inimitable Balbina Valverde, á la *feísima* Ballesteros, á la simpática Morera, al discretísimo Aguirre, al siempre salado Zamacois, al concienzudo Ballesteros, al estudioso Viñas, á cuantos figuran en la hoja precedente, una débil prueba de lo que os debo y quisiera pagaros.

De lo que no daré á nadie parte alguna, grande ni pequeña, es del placer que recibo al dedicarte esta humorada en testimonio de nuestra amistad, ya en camino de hacerse vieja, pero que con los años parece crecer y fortificarse.

Tú sabes bien cuánto te admira y te quiere tu invariable

Cárlos.

Madrid, 18 de Febrero de 1877.

# ACTO PRIMERO.

Parte de los Jardinillos de Recoletos próxima á la calle de Alcalá, que se supone á la derecha del actor. En el fondo árboles, y más léjos la verja del Ministerio de la Guerra. En segundo término dos paseos, que comunican el primero con el foro, cortados ambos por otro lateral. Un aguaducho á la derecha. Bancos y sillas de hierro. Es de dia.

## ESCENA PRIMERA.

LA SEÑORA 1.ª y el CABALLERO 1.º, personas de cuarenta y cinco á cincuenta años y modestamente vestidas, sentados en el sofá del aguaducho. Él bebe muy despacio, y á pequeños sorbos, un vaso de agua con azucarillo, y ella no pára un instante de engullir merengues. El CABALLERO 2.º, grueso y de unos sesenta años, sentado en una silla á la izquierda y apoyado en otra con el brazo derecho, lee un periódico de gran tamaño. La SEÑORA 2.ª, que lleva sombrero con flores y el pelo blanco y en bucles, ocupa otra silla en el centro y lee un libro, teniendo en la falda un King-Charles. El COBRADOR DE SILLAS y la AGUADORA. Al levantarse el telon, algunos niños cruzan el teatro corriendo, haciendo rodar sus aros, etc., etc.

CAB. 1.º (Mirando la bandeja vacía.) ¿No quieres más merengues?
SEÑ. 1.ª Ay, hijo, no, que me van á quitar las ganas de comer.

CAB. 1.° Las ganas de comer, á tí? Qué te han de quitar!—Más merengues para la señora. (Á la Aguadora, que trae otra bandeja llena.)

CAB. 2.° Soberbio artículo de fondo! Qué bien escrito está! Ahaá! (Bostezando.) Me ha dejado extasiado, me ha... Ahaá! Ahaá! (Vuelve á bostezar y concluye por quedarse dormido poco á poco, dejando caer el periódico sobre las rodillas.)

COB. (Á la Señora 2.ª, cortando y presentándola el talon.) Dos cuartos.

SEÑ. 2.ª (Con marcado acento francés, sacando algunos cuartos de un portamonedas y presentándoselos.) Cobre usted.

COB. (Apartando una moneda.) Sobra ese perro chico.

SEÑ. 2.ª ¡Cómo que sobra este perro? (Cubriendo con las manos el que tiene en la falda.) ¿Qué dice usted?

COB. Nada, señora, nada; no se hable más del asunto! (Recogiendo todos los cuartos y alejándose.)

SEÑ. 2.ª Ha conocido que soy extranjera y quería burlarse de mí! Buen chasco se ha llevado! Pobrecito Kin! (Besa al perro en el hocico. Ruido, campanilla y pito del tram-via.)

VOZ. (Dentro.) Cibeles! (Aparece el tram-via,—del cual sólo deja ver el follaje la parte superior y las cabezas de los caballos,—por el fondo, de derecha á izquierda, y suben á él los personajes que salen de escena, entrando despues otros que se reparten por distintos lados.)

## ESCENA II.

EL CABALLERO 2.°, completamente dormido. Se acerca por el fondo derecha el CABALLERO 3.°, alto y escuálido, que lleva del brazo una señora baja y regordeta y á quien siguen seis ó siete chiquillos de diferentes estaturas, y dos amas de cria.

CAB. 3.° Ama! Niños! Delante! Delante! (Se van por la izquierda.) Cuidado con los coches! (Dentro ya.)

## ESCENA III.

VIRTUDES, que figura tambien salir del tram-via, y á quien sigue ALEJANDRO de hongo y americana debajo del abrigo. Ella trae una mantilla muy espesa.

ALEJ. La cintura es una monería. El pie es una preciosidad. Si todo es como el pie y como la cintura... Redobla el paso? Paso redoblado. Marchen! (Entran por las calles de árboles y se les ve dos ó tres veces cruzar el uno detrás del otro durante la escena siguiente.)

## ESCENA IV.

CLEMENCIA y el BARON, del brazo y por la derecha.

CLEM. Mira, hijo, aquí hay sillas; sentémonos un poco porque estoy ya que no puedo con mi alma.

BARON. Sí, pero Alonso dice que te conviene pasear y hemos andado muy poco. (Pagando al Cobrador, que se le acerca.)

CLEM. Para primer dia, ha sido bastante.—¡Qué hermosos están los Jardinillos! Sólo Madrid tiene en el mes de Octubre tardes como esta.

BARON. Casi casi, me da calor el abrigo.

CLEM. Aquí, á la sombra, estamos bien.—¿Qué te pasa, hombre? Estás inquieto? Sacas el reloj? Vaya! Ya sé por qué no querías que nos sentásemos: tienes que ir al Congreso, ¿verdad?

BARON. Sí, hija mia, sí; tengo que ir al Congreso, aunque sea tarde y sólo un rato. Hoy, á última hora, se vota el crédito que necesita el ministerio...

CLEM. ¿Y qué necesidad tiene el ministerio...

BARON. Sí, mujer, sí que la tiene. No puedo faltar.—Mira, haremos una cosa. Nos vamos *pian, pianino* hasta el Congreso; me dejas allí, y muy despacito, muy despacito, te vuelves á casa.

CLEM. ¿Á pie tambien? Hasta lo último de la calle de Serrano?

BARON. Á pie tambien. Si precisamente para obligarte á ello, no

he querido que nos pongan el coche. Te vuelves á casa y haces tus preparativos. Recuerda que hoy tenemos convidados.

CLEM. Sí... Pero... Vamos á hacer otra cosa. Te dejo en el Congreso y despues me subo por el Prado y por los Jardinillos hasta casa de Amalia.

BARON. Bueno; allí descansas y desde allí...

CLEM. Desde allí, me voy á casa en un cochecillo.

BARON. Ya! Ya sabía yo que al fin te saldrías con la tuya. (Se levantan.)

CLEM. (Haciéndose la desentendida.) ¿Qué quería yo decirte?—Ah! sí. ¿Has avisado á Manolito?

BARON. Sí, mujer; qué cosas tienes!

CLEM. ¿Le has dicho que tambien comía Matilde con nosotros?

BARON Pues claro está que se lo he dicho.

CLEM. Entónces, no faltará. ¿Cuántos seremos á la mesa? Manolito uno, Matilde dos, Santos y su mujer cuatro, las de Rojas... (Entran por la derecha.)

## ESCENA V.

VIRTUDES y ALEJANDRO, que vuelven á salir por uno de los paseos del fondo; ella se dirige hácia la izquierda, él la sigue tambien y recorren la escena en todos sentidos.

ALEJ. (Esta mujer es infatigable. Cualquiera diría que ha servido en cazadores. Se lo voy á preguntar.)—Señorita... (Ella se pára de pronto y chocan.) Perdone usted! La he dado á usted un pisoton. ¿Le he hecho á usted daño? (Virtudes rie y hace signos negativos.) Oh! sí, estoy seguro de que le he hecho á usted daño. Los pisotones duelen generalmente. (Vuelve á reirse. Buena señal, buena!) ¿Quiere usted cogerse del brazo y andará con más facilidad? (Virtudes se coge del brazo de Alejandro.) (Acepta! Esto ya viento en popa! Pero no chista. ¿Si será muda? ¡Qué ganga! Una mujer que no puede decirme á nada que nó!) Lleva usted una mantilla preciosa.. Indudablemente ménos bonita que usted. Levántesela usted y

veamos si me equivoco.

VIRT. ¿Por qué no? (Haciéndolo.)

ALEJ. ¡Virtudes!

VIRT. Pero ¡que ha de ser usted siempre el mismo, Alejandro!

ALEJ. Virtudes! Y por ver á usted, estoy corriendo el paseo de Recoletos hace media hora! Por ver á una antigua...

VIRT. ¿Cómo una antigua?

ALEJ. Una antigua amiga; mi inolvidable patrona de la calle de Fuencarral; de la dichosa época en que yo me preparaba para Telégrafos.

VIRT. ¿Dichosa? Pues al reconocerme no ha demostrado usted mucha alegría que digamos.

ALEJ. Créame usted. Hay alegrías que no se pueden demostrar...

VIRT. ¿Es posible que encuentre usted gusto en seguir á cuantas mujeres tropieza por la calle? ¿Tan divertido es eso?

ALEJ. ¿Y puede álguien dudarlo? No hay nada en el mundo que produzca un interés más palpitante. Voy al teatro á ver un drama, y ¿qué me importa á mí que se muera muy á lo vivo el primer actor, ó que resulte al final que una niña casada con un viejo es abuela de su marido? Pero ir por la calle, y tropezar con una mujer de frente, ó de perfil, ó de espaldas... Yo prefiero siempre que sea de espaldas, porque esto da lugar á más y mejores hipótesis. Será una morena? Hé aquí un capricho. Será una beldad? Hé aquí una esperanza. Será una jamona bien conservada, bien vestida? ¡Hé aquí un presentimiento fúnebre!

VIRT. (Riendo.) Las modistas son capaces de todo.

ALEJ. (Con gravedad.) De todo!! ¡Absolutamente de todo!! Tembloroso de curiosidad y de impaciencia, me adelanto á mi desconocida, y ¿qué es lo que encuentro en la mayoría de los casos? Una mujer pintada como un coche. Otra que tiene los dientes grandes, separados y amarillos como teclas de piano. Una con una frente enorme. Otra que no tiene dos dedos de frente. Otra que bizca, y que cuando yo creo que me mira á mí, está mirando

á un piso tercero! ¿Querrá usted creer, amiga Virtudes, que anteayer he seguido por espacio de tres cuartos de hora, engatusado por su talle airosísimo y ofuscado por su papalina, á una jóven niñera, natural de Cuba y negra como un zapato?

VIRT. Y ¿no conoció usted que era negra?

ALEJ. Claro está! Apenas le ví la cara, lo conocí.

VIRT. Pobre Alejandro!

ALEJ. Por fortuna, no todas las mujeres son negras, y algunas veces la desconocida es un ángel, *vervi-gratia*.

VIRT. Adulador!

ALEJ. Sí, así he conocido yo á la bella Virtudes, siguiéndola por espacio de cuatro horas un dia que salió á hacer compras para toda su vida; estudiando todo el Madrid comercial; subiendo con ella las escaleras de su casa, instalándome allí en calidad de huésped, buscando tranquilidad y reposo para estudiar... y sin contar con la huéspeda!

VIRT. Vamos, ¿y me dirá usted por qué, desde que se fué á vivir con su tia, no ha vuelto á acordarse de su inolvidable Virtudes?

ALEJ. Es toda una historia.

VIRT. ¿Sí? Cuéntemela usted.

ALEJ. Sentémonos, si á usted le parece.

VIRT. Lo que usted quiera. (Se sientan.)

ALEJ. Había yo ido al teatro Real á oir el *Rienzi*. Ya empezaba á levantárseme dolor de cabeza, cuando de pronto se abre rechinando la puerta de un palco entresuelo, y aparece en él la muchacha más linda y más graciosa del mundo... despues de mi encantadora Virtudes.

VIRT. Despues, sí señor, ya veo que ha sido despues.

ALEJ. La acompañaba una señora de cierta edad, de edad ciertísima, que no podía bajar de los cincuenta. Alquilé á un acomodador tres gemelos para llegar á tener unos malos, y embelesado en contemplar aquella prodigiosa belleza, hasta encontré agradable la música de Wagner... en muchos momentos que dejé de oirla. Se acabó el

*Rienzi*... Todo se acaba en el mundo... ¡hasta el *Rienzi*! Me lancé al pasillo...

VIRT. Decidido á seguir á la del palco...

ALEJ. ¡Qué lista es usted!

VIRT. Continúe usted, continúe usted.

ALEJ. De repente me asalta un temor. ¿Se irán en coche? ¿Encontraré yo otro? Una inspiracion repentina conforta mi ánimo. Me precipito por el corredor de los números pares repartiendo codazos á diestro y siniestro. Al fin diviso á mi ninfa del brazo de su sátiro. Me lanzo hácia éste, y le adjudico el pisoton más terrible que se ha dado en el mundo desde la irrupcion de los aguadores. «Mil perdones, caballero!» le digo: «Mil rayos! —me contesta.—«Es usted un salvaje!»—«Caballero, me dará usted una satisfaccion!»—Tome usted mi tarjeta!»—«Tome usted la mia!» Y él me da una tarjeta suya y yo le doy una de mi sastre, que había ido aquel dia á casa á cobrar una cuenta; á no cobrarla, por mejor decir. La dama vivía en la calle de Atocha, número cuarenta y ocho.

VIRT. (Azorada.) Y... al señor que la acompañaba, ¿no le ha vuelto usted á ver?

ALEJ. Á su tutor? Jamás.

VIRT. Ah! Era su tutor? Y ha dicho usted calle de Atocha, número cuarenta y ocho?

ALEJ. Cuarenta y ocho.

VIRT. ¿Será por casualídad el brigadier Cienfuegos?

ALEJ. El mismo. ¿Le conoce usted?

VIRT. ¡Si le conozco? Demasiado! Al mes escaso... no, al mes largo de la desaparicion de usted, me vió una noche en el café de Madrid y me hizo la córte; pero qué córte!

ALEJ. Algun córte de vestido, ¿eh?

VIRT. Tres veces se batió por mí con otros tantos sujetos que me habian mirado con insolencia, segun decía él.

ALEJ. En una palabra, la victoria fué suya.

VIRT. Le planté en la calle.

ALEJ. ¿Despues de la victoria?

VIRT. Ántes.

ALEJ. Bah! Júremelo usted.

VIRT. No hay para qué jurarlo, y no lo juro.

ALEJ. Entónces... lo creo.

VIRT. No se dió por vencido nuestro brigadier á pesar de todo. Averiguó que yo iba á los baños de Trillo y allí me lo encontré á mi lado en la mesa redonda del establecímiento. Para concluir, despues de haber empleado sin éxito todos los recursos imaginables, me ofreció su mano.

ALEJ. Que usted aceptó en seguida, naturalmente.

VIRT. ¿En seguida? Y ¿por qué? (Picada.)

ALEJ. Toma! Por... por compasion hácia tánta desgracia y tánto heroismo! ¡Un hombre que se brindaba á casarse en estos tiempos, sin pensar...

VIRT. Pues qué? ¿Esas cosas se piensan?

ALEJ. Tiene usted razon; no deben pensarse.

VIRT. Esas cosas se sienten!

ALEJ. (Ya lo creo que se sienten!)

VIRT. Me ofreció su mano y...

ALEJ. ¿Y...

VIRT. Y... ¡ay! Ya hace dos meses que no le he vuelto á ver pelo! Se ha marchado yo no sé dónde!

ALEJ. Léjos, muy léjos!

VIRT. ¿Usted sabe?...

ALEJ. No, pero... me figuro que, puesto á marcharse, se habrá ido muy léjos.—¡Pobre Virtudes!

VIRT. ¿Ahora me compadece usted? Pues no se ha portado usted conmigo mucho mejor.

ALEJ. ¿Yo?.. (Llega el Cobrador y le da una moneda Alejandro.)

VIRT. Los dos son ustedes iguales: dos ingratos, dos monstruos... dos hombres!

COB. (Dando la vuelta á Alejandro.) Dos perros grandes. (Se retira.)

VIRT. Eh!—Ah! Y tan grandes!—Aquí tiene usted la carta del brigadier en que me daba palabra de casamiento. Roto y manchado está el papel á fuerza de leerlo... mojado

con mis lágrimas... (Miéntras Alejandro lee.)

ALEJ. Sí, ya veo que es un papel mojado. (Yendo á devolvérselo.)

VIRT. No, hágame usted el favor de averiguar si son esas efectivamente su letra y su firma. (Alejandro guarda la carta.) Hablemos de otra cosa. ¿Cómo concluyó la historia de usted?

ALEJ. Al otro dia de nuestro encuentro, ya estaba yo instalado en la calle de Atocha frente á los balcones de mi bella. Á las miradas tiernas, sucedieron los suspiros; á los suspiros, el envio del primer billete mediante la corrupcion de la conciencia de la portera, que valía medio duro. Y poco á poco, el ligero, el trapisondista Alejandro llegó á apasionarse de aquella mujer, á no tener otro sueño que casarse.

VIRT. Bah!

ALEJ. Casarse: la palabra es dura, pero la sostengo. El tutor me hacía una guerra á muerte; la muchacha estaba dispuesta á todo, segun decía, y de repente desapareció sin decir oste ni moste.

VIRT. Justo, se fué á Trillo con su tutor: era la jóven que le acompañaba.

ALEJ. Yo la busqué por todo Madrid; caí enfermo de tristeza; ¡dejé de seguir mujeres!—Ah! Virtudes! Es una infame! Es como todas!

VIRT. ¿Cómo todas! Me gusta!

ALEJ. Usted es una excepcion: usted es la mejor de las mujeres. (Limpiando los lentes con el pañuelo.)

VIRT. ¿Qué es eso? ¿Ya usa usted lentes?

ALEJ. Sí... (Poniéndoselos y mirando hácia la derecha.) Vista cansada.

VIRT. No es extraño!

ALEJ. Pues qué he de hacer? Aturdirme. Y en medio de todo, estoy tan desalentado, tan distinto del que fuí en otros tiempos, que... mire usted en qué facha de conquistador me he echado hoy á la calle!

## ESCENA VI.

DICHOS y MANOLITO, que atraviesa el teatro y saluda á Virtudes, que le contesta sonriendo.

## ESCENA VII.

VIRTUDES y ALEJANDRO.

ALEJ. ¿Quién es ese tipo?

VIRT. Manolito Godinez, uno de mis huéspedes.

ALEJ. ¿Por qué ha contenido usted la risa al saludarle?

VIRT. Porque recordé, al verle, un chistoso lance que acaba de ocurrirle. Figúrese usted que tenía pendiente un desafío, que los dos campeones se batieron á pistola y á quince pasos y que los dos continúan sin novedad.

ALEJ. No serán grandes tiradores.

VIRT. No es eso. Otro de mis huéspedes, Frasquito Vilches, un andaluz muy salado por cierto, el que ocupa ahora en la casa el sitio que usted dejó vacante...

ALEJ. Yá.

VIRT. Sirvió de padrino á don Manolito, y me ha contado en confianza, como yo se lo cuento á usted, que, de acuerdo con su ahijado, se cargaron las pistolas con balas de corcho.

ALEJ. De corcho! Hombre! Está bien! (Riendo.)

VIRT. Á propósito... Allí tiene usted al padrino. (Señalando á la derecha y levantándose.)

ALEJ. El andaluz? No es mal mozo. (Mirando con los lentes.)

VIRT. No... Tenía que mandarse hacer unas camisas en la calle del Cármen, y como los hombres no entienden ustedes de esas cosas, quiere que yo le acompañe y le elija la tela. Con ese objeto nos habíamos citado aquí.

ALEJ. Sí... para ir á la calle del Cármen, lo más natural es citarse en Recoletos.

VIRT. Alejandro!

ALEJ. Bah! Hay situaciones en que el camino más largo resulta siempre el camino más corto. ¿Cuándo cae ese hombre?

VIRT. Ay!

ALEJ. Si lo tiene usted ya bien mareado, aproveche usted la ocasion, no le deje usted volver en sí, mire usted que los hombres somos muy malos, pero muy malos.

VIRT. ¿Á quién se lo dice usted!—Adios, Alejandro; hasta la vista.

ALEJ. Adios, Virtuditas. (Se dan la mano.)

VIRT. Ya sabe usted que se le quiere.

ALEJ. Ya sabe usted que se la paga.

VIRT. ¿Que se me paga? Ay! Eso es lo que no conseguimos nunca las que tenemos casa de huéspedes. (Váse por la derecha.)

## ESCENA VIII.

ALEJANDRO.

Esta mujer es una criatura excelente. Pero yo he venido aquí exclusivamente á divertirme, á olvidar aquella pérfida, aquella... (Mirando á la parte interior de la escena.) Aquella morena no es fea... Sin embargo, es demasiado chiquita... Aquella rubia vale más... pero yo quisiera un color de pelo ménos parecido al de la estopa... Á ver... á ver... Dios mio! ¡Otra negra!... Una negra de sesenta años... ¡Esta sí que es negra! (Sale Rufina, y Alejandro dirige á ella los lentes.) Vamos, vamos, esto ya es otra cosa... Buena jembra! Ole! Viva la gracia! (Al encararse con Rufina, D. Santos, que trae capa, se dirige resueltamente á ella.) Ah! *completo,* como dicen en el tram-vía. (Se aparta y oye detrás del aguaducho.)

## ESCENA IX.

RUFINA, D. SANTOS y ALEJANDRO.

SANTOS. Pero, ¿qué es lo que puedes temer, tonta? Yo tengo tanto interés como tú en guardar el secreto.

RUF. Ya lo creo! Un hombre casado y que siempre está echándoselas de santurron... Mire usté que se lo voy á

decir á Doña Petra esta misma noche!

SANTOS. Vamos, mujer, sé razonable.

RUF. No empecemos otra vez, señor don Santos.

SANTOS. ¿No sabes que yo te he querido siempre mucho? Y además, ¿dónde podrías encontrar una proporcion...

RUF. No está usté mala proporcion!

SANTOS. Los jóvenes son aturdidos, inconstantes... Los hombres maduros y de peso como yo...

RUF. Y que no es usté pesado en gracia de Dios! Sepa usté que yo soy una mujer de bien, aunque me esté mal el decirlo; y que si quisiera casarme... los tengo así! (Juntando y separando los dedos de la mano derecha.) Y no crea usté que son paisanos. No señor, militares... Y uno de ellos de alta graduacion, que le van á dar el dia ménos pensado el grado de subteniente.

SANTOS. (¡Siempre la misma aficion á la milicia! Á esta muchacha la hubiera hecho feliz el gobierno obligándola á entrar en quintas.)

ALEJ. (Gusta de los militares... Bueno es saberlo.)

SANTOS. Mira... Si dejas de ser huraña conmigo, te compro el traje de seda que hay en el escaparate de Hisern y un manton de...

ALEJ. (Que se ha adelantado poco á poco desde que D. Santos ha comenzado á decir las últimas palabras; interponiéndose entre él y Rufina.) ¿Un manton de qué, caballero?

RUF. ¡Ay! (Echándose la mantilla.)

SANTOS. ¡Señor mio! (Entre amostazado y confuso.)

ALEJ. ¿Un manton de qué, caballero? (Con voz destemplada.)

SANTOS. (Éste debe ser su novio actual.) Ya que usted no es prudente, lo seré yo. (Á Rufina.) (Me voy por no comprometerte. Volveré.) (Váse por uno de los paseos, muy embozado.)

## ESCENA X.

ALEJANDRO y RUFINA, que da un paso para marcharse; él se pone delante de ella.

ALEJ. ¿Se marcha usted, jóven?

RUF. Pero... caballero!

ALEJ. ¡Despues de lo que acabo de hacer por usted librándola de un hombre cuya audacia llegaba hasta el punto de ofrecer á usted un manton! ¡Qué ingratitud!

RUF. Y á usté ¿quién le ha dado vela en este entierro?

ALEJ. Ah! ¿Usted siente que se haya ido ese respetable anciano?—Voy á traérselo á usted.

RUF. Se burla usté de mí!

ALEJ. Y si es el manton lo que usted siente perder...

RUF. Sepa usté, caballero, que yo no he admitido en mi vida mantones de nadie! (Muy sofocada.)

ALEJ. Estoy tan convencido de ello, que no tengo la menor intencion de ofrecer á usted ninguno. Lo que sí me atreveré á ofrecerla es un asiento en los Bufos el domingo por la tarde, un cubiertito de á diez reales en *Los Leones de Oro*, y mi corazon al llegar las pasas, las almendras y el arroz con leche.

RUF. Yo no tengo el gusto de conocer á usté, caballero.

ALEJ. No? Pues por eso, precisamente por eso debemos tratarnos y tratarnos con intimidad, para que me conozca usted. (El cubierto de medio duro la ha conmovido. Es una criada de servir que hereda los trajes de su señora.) Comenzaré por presentarme á usted, puesto que no hay quien lo haga. (Separándose un poco.) Señorita... (Al oir esta palabra, Rufina se ahueca la falda y pone la cara muy amable.) Señorita, tengo el honor de presentar á usted á mi inseparable amigo Leon Cordero, capitan de cazadores de las Navas en situacion de reemplazo.

RUF. Ah! ¿usté ha servido? (Muy afectuosa.)

ALEJ. Y sirvo todavía.

RUF. ¿Todavía?

ALEJ. ¿Pues no he de servir? Una cosa es estar de reemplazo y otra estar de retiro.

RUF. ¿Ha estado usté en el Norte?

ALEJ. He estado en el Norte. (En San Sebastian tomando baños.) Ahora á usted le toca decirme con quién...

RUF. No sé si debo...

ALEJ. En primer lugar, usted se llama... Á ver si lo acierto... Ángela... Esperanza... Celina...

RUF. Rufina, para servir á usté.

ALEJ. Un nombre sumamente aristocrático.—Y tiene usted... podrá usted tener... veinticuatro años...

RUF. Diez y ocho; nada más que diez y ocho.

ALEJ. Pues... no los representa usted.—Usted es sin duda la hija de... de algun comerciante rico.

RUF. No señor.

ALEJ. De algun escribano... ¿Tampoco?—De algun tendero de ultramarinos... Porque posée usted una elegancia, una distincion... unas maneras tan bien amaneradas...

RUF. Está usté equivocado de medio á medio.

ALEJ. ¿Sí?

RUF. Y no va usté á creerme si le digo que no soy más que una pobre criada de servir.

ALEJ. Criada de servir? Eso no es posible!

RUF. Doncella, sí señor.

ALEJ. Doncella? Bah! Repito que eso no es posible! Usted se chancea.

RUF. No señor, que hablo con formalidad.

ALEJ. Ah! fortuna, fortuna! Te reconozco en este desaguisado. Y ¿cómo se llama su señora de usted? ¿En qué se ocupa su marido? ¿Dónde viven? ¿En qué calle? ¿Qué número? ¿Qué piso? ¿Derecha ó izquierda?

RUF. No hay más que un cuarto.—Pero ¿por qué me pregunta usté todo eso?

ALEJ. Porque necesito volver á ver á usted, encantadora Rufina... Porque... ah! si usted pudiese adivinar la impresion que... (Yendo á cogerle la cintura.)

RUF. ¡Don Leon!

ALEJ. (Volviendo la cabeza.) Eh! (Con quién habla?—Ah! Sí! Ya no recordaba que me llamo Leon.) ¿Usted desconfía?... ¿Sería usted capaz de dudar de mi cariño?

RUF. ¿Qué pruebas tengo de él?

ALEJ. Si yo no gustase de usted, no le habría dicho una palabra. Á nosotros los militares... jem! jem! (Tosiendo con

afectacion, adelantando la pierna derecha y retorciéndose el bigote.) nunca nos faltan proporciones.

RUF. Me hace usté gracia!

ALEJ. ¿Le hago á usted gracia? Pues entónces déme usted una cita.

RUF. Tan pronto? Pues no tiene usté poca prisa que digamos!

ALEJ. Nosotros los militares somos partidarios de la actividad, de la decision, de la...

RUF. Ay! Váyase usted! Que vuelve el señor de ántes. (Váse por la izquierda.)

VOZ. (Dentro.) ¡Cibeles!

ALEJ. El del manton? Nosotros los militares no abandonamos nunca nuestro puesto. (La sigue.) Está visto, soy un don Juan Tenorio! Soy un don Juan Tenorio completo.

VOZ. (Dentro.) Completo.

ALEJ. (Parándose un instante y continuando.) Eh!... Ah!.. Es el cobrador del tram-vía que me hace justicia.

## ESCENA XI.

D. SANTOS, que sale por uno de los paseos del fondo y se va en seguida por la izquierda. Vuelve á pasar el tram-vía.

Se va con el otro... Lo prefiere á mí... Está visto, las mujeres eligen siempre lo peor. (Váse. Un momento de pausa, en que sólo se oyen los ronquidos del Caballero 2.°)

## ESCENA XII.

CLEMENCIA, por la derecha, y ALEJANDRO, que la sigue á alguna distancia.

ALEJ. Rufina García, el domingo á las tres, en la casa de fieras, junto á la jaula de los micos. Iré á riesgo de llevarme uno. Ya lo creo que iré!—Pero no perdamos de vista este nuevo descubrimiento. (Mirando con los lentes á Clemencia.) Hay que aturdirse! Hay que aturdirse! (Adelantándose.) Preciosa! (Saludando á Clemencia.) Divina! (Vuelve

á saludar: Clemencia, que la primera vez le miró con asombro, le contesta con indecision.) Á los piés de usted, señora. ¿Está usted buena?

CLEM. Caballero... Yo... No tengo el gusto... No recuerdo...

ALEJ. Alejandro Vargas, jefe de telégrafos. (Accionando exageradamente con las manos.)

CLEM. Alejandro Vargas?—¿Usted me conoce, caballero?

ALEJ. No señora, no tengo ese honor.

CLEM. Entónces... No me explico...

ALEJ. Voy á explicarme. Si usted prefiere cogerse de mi brazo y que hablemos paseando...

CLEM. ¿Del brazo de usted? (Ay, Dios mio! ¿Si será un loco?)

ALEJ. Del derecho ó del izquierdo. Del que usted quiera. (Clemencia da un paso atrás.) Cómo! ¿Rehusaría usted!

CLEM. Claro está que rehuso!

ALEJ. ¿Y por qué! Vamos á ver, ¿por qué?

CLEM. Porque no le conozco á usted, caballero.

ALEJ. Yo tampoco la conozco á usted, señora!

CLEM. (Con dignidad y resolucion.) Entónces, no hay la menor razon para que se prolongue un minuto más esta ridícula escena. (Dirigiéndose hácia el fondo.)

ALEJ. Ah! ¿Usted cree... Perdone usted! Las opiniones se discuten, y yo...

CLEM. Basta ya, señor mio!

ALEJ. Qué ha de bastar, señora, que ha de bastar! (Los dos se alejan por el fondo.)

## ESCENA XVI.

EL BRIGADIER y MANOLITO, por la izquierda. Adelantan un poco, el Brigadier se pára y Manolito le detiene y vuelven á andar y á repetir el mismo juego, hasta que salen de escena.

BRIG. Sí, querido Manolito, ese iba á ser mi duodécimo duelo. Bonito número, eh?

MANOL. Precioso! Precioso!

BRIG. Pues el estúpido me priva del placer de completar la docena: ¿querrá usted creer que se niega á batirse con-

migo?

MANOL. (No he de creerlo!) ¿Es posible... ¡Renunciar á la gloria de medir sus armas con el bizarro brigadier Cienfuegos, como dice *La Correspondencia*!

BRIG. Y lo más chistoso es que funda su negativa en que no sabe manejar el florete ni la pistola!

MANOL. ¡Qué barbaridad! Mire usted... eso es miedo.

BRIG. Á propósito: tiene usted que darme más pormenores de suyo.

MANOL. Por Dios, brigadier!... (Modestamente.)

BRIG. Ustedes se batieron á quince pasos, ¿verdad?

MANOL. Justo, á quince ó veinte... No reparé en ese pequeño detalle.

BRIG. Bravo! Y la mano, ¿no le tembló á usted un poquillo?

MANOL. Temblar! Por qué? ¿Qué me importaba á mí recibir una bala... (de corcho?)

BRIG. Su adversario de usted... Me han dicho que era un tirador de primera fuerza... (Encendiendo un cigarro.)

MANOL. Sí, eh? Pues mire usted, no lo sabía. (Buena idea tuvo Frasquito en cargar las pistolas... En no cargarlas, por mejor decir.)

BRIG. Desde ese lance, ha ganado usted en mi opinion un quinientos por ciento.

MANOL. Mi brigadier, esas palabras... (Llevándose la mano al corazon.)

BRIG. Á mí me gustan los hombres de pelo en pecho... Es más, creo que el que va á casarse necesita tener hechas sus pruebas... lo que llamamos los militares «valor acreditado;» porque hoy dia...

MANOL. Sí, hoy dia para casarse se necesita valor... (Cayendo en la cuenta de que ha dicho una tontería.) (Jesús, qué barbaridad!)

BRIG. Yo, ántes, era poco amigo de usted. Me parecía usted un títere... Esto es hablar con franqueza.

MANOL. Sí... Sí... (Ya lo veo!)

BRIG. Lo encontraba á usted pequeñuelo, desgarbado, ridículo...

MANOL. ¿Es posible! (Muy sorprendido.)

BRIG. Para qué ocultarlo? Yo creo que el ser franco es una cosa muy agradable.

MANOL. Oh! Sí! Debe ser muy agradable.

BRIG. Por eso le había negado á usted siempre la mano de Matilde; hasta le había puesto á usted en la calle... usted recordará...

MANOL. Sí, señor. Esas cosas no se olvidan nunca.

BRIG. Pero se batió usted y mis ideas cambiaron por completo.

MANOL. ¿De véras?

BRIG. Ahora le concedo á usted con orgullo la mano de mi pupila.

MANOL. ¡Cuánta bondad!

BRIG. Y lo encuentro á usted hasta hermoso. Parece mentira, ¿eh? Sí señor, hasta hermoso!

MANOL. Mi brigadier!...

BRIG. Hasta hermoso! Hasta hermoso! (Vánse por la derecha.)

## ESCENA XIV.

CLEMENCIA, sale por el fondo; ALEJANDRO la sigue y la observa de lejos. Empieza á oscurecer gradualmente.

CLEM. (Corriendo hácia un banco y echándose en él con grandes muestras de cansancio.) ¡Por fin me veo libre de...—Ah! Estoy rendida! He andado mucho más de lo que me dijo el médico!

ALEJ. Señora!...

CLEM. Otra vez!... (Levantándose.)

ALEJ. Quieta! Quieta!

CLEM. (No puedo moverme!) (Queriendo andar y deteniéndose apoyada en la sombrilla.) ¿Tendrá usted al ménos la bondad, señor mio, de explicarme el motivo de esta persecucion?

ALEJ. El motivo salta á la vista, y es bien natural: usted es encantadora hasta donde puede serlo una mujer, yo tengo ojos en la cara... y deseo entablar un conocimiento tan ventajoso para mí.

CLEM. La preferencia de usted (*Mordiéndose los labios.*) me halaga infinito; pero si yo quisiera sustraerme á ese deseo ¿no me sería posible?

ALEJ. Claro que sí.

CLEM. Ay! Dígame usted cómo! (*Con viveza.*)

ALEJ. Me dice usted su nombre y las señas de su casa, me ordena usted que me retire y yo obedezco humildísimamente.

CLEM. Ya! ¿Y si me limito á ordenarle que se retire?

ALEJ. Ah! En ese caso, yo seguiré á usted como su sombra, y tarde ó temprano averiguaré...

CLEM. Pongo en conocimiento de usted que voy á hacer visitas. (*Clemencia da un paso para salir, y Alejendro la coge siempre las vueltas.*)

ALEJ. Esperaré á usted á la puerta.

CLEM. ¿Hasta mañana?

ALEJ. Hasta pasado mañana, si es preciso.

CLEM. ¿Y cómo sabrá usted si entro en mi casa ó en la de una amiga?

ALEJ. Por la portera, señora!

CLEM. Ah! Es que yo la daré un duro porque se calle.

ALEJ. Y yo la daré dos porque hable... cosa mucho más fácil para una portera.

CLEM. De modo que no tengo más remedio que conformarme con su impertinencia ó llamar á un municipal para que me libre de usted?

ALEJ. Tiene usted aún otro recurso ménos violento.

CLEM. Hable usted, por la Vírgen.

ALEJ. Concederme una hora de conversacion... (*Gesto de Clemencia.*) Sí, con una hora me basta para trastornar á usted. Porque debo advertirla lealmente que yo, con las mujeres soy irresistible.

CLEM. Irresistible, si señor, inaguantable! (*El mismo juego de arribs.*)—Lleva usted la broma demasiado lejos.

ALEJ. Cesará en cuanto usted lo desée. Dígame usted su nombre y...

CLEM. ¿Y me veré libre de usted?

ALEJ. Al instante.

CLEM. Pues bien, me llamo... María Gutierrez.

ALEJ. María Gutierrez... ¿Y la calle?

CLEM. Como, caballero! ¿Se atrevería usted á poner los piés en mi casa?

ALEJ. ¿Y por qué no, señora?

CLEM. Pero ¿usted no ha sospechado siquiera que yo puedo tener un marido?

ALEJ. Eso varía, eso varía. Si usted tiene efectivamente marido, yo tomaré informes sobre su conducta, y como sea digno de usted, como la haga á usted feliz... le cederé su esposa.

CLEM. ¡Jesús María! (Anochece casi del todo: un farolero enciende los dos faroles que hay en la escena.) Pero repare usted que está anocheciendo, que es necesario que yo coma...

ALEJ. Me recuerda usted que yo no lo he hecho tampoco.

CLEM. Entónces, separémonos, eh?... (Dando un paso; Alejandro vuelve á ponérsele delante.) [1]

ALEJ. Se me ocurre algo mejor. ¿Por qué no hemos de comer juntos?

CLEM. ¿Va usted por fin á obligarme á llamar al municipal?

ALEJ. Lo necesita usted?

CLEM. Sí señor.

ALEJ. En ese caso estoy tranquilo: cuando se los necesita, no viene ninguno.

CLEM. Pues bien, llamaré al primer caballero que pase, y me pondré bajo su amparo.

ALEJ. Corriente! Daremos un escándalo. Nos llevarán á la prevencion. Seguiré á usted de órden de la autoridad... (Parece que esto le ha hecho efecto.)

CLEM. (Que idea! Y por qué no? Todo lo merece un cócora como este.)

ALEJ. Le ha hecho efecto! Le ha hecho efecto! (Flechándola con los lentes.)

CLEM. (Hay que escarmentar á estos tenorios de nuevo cuño.) ¿Usted se conformaria si comiésemos juntos?

ALEJ. Ah señora! (Está visto, no hay una que se niegue á co-

mer!)

CLEM. Pues bien; consiento en que comamos juntos.

ALEJ. ¡*Felicitá del ciel*! ¿Iremos á Fornos?

CLEM. ¿Por qué á Fornos?

ALEJ. ¿Usted... Usted prefiere comer en mi casa?

CLEM. Nó: en la mia es donde vamos á comer.

ALEJ. En casa de usted... Pero mire usted como estoy... Con camisa de color. (Sonriendo.)

CLEM. Bah! Entre amigos de toda la vida!... ¿Eso qué le hace?

ALEJ. Qué buena es usted!

CLEM. Siento mucho llevar á usted á pié hasta mi casa, pero hoy no me han puesto el carruaje...

ALEJ. Ah!... ¡Usted tiene un carruaje?...

CLEM. ¿Le sorprende á usted que yo tenga un carruaje?...

ALEJ. Á mi?... No... Bah! ¿Y por qué me había de...

CLEM. ¡Qué cara ha puesto usted tan...

ALEJ. Sí?... Pues... Creo que es la de siempre... La...

CLEM. Cualquiera diría que estaba usted disgustado...

ALEJ. Sí... Es decir, no! El placer... La sorpresa... (¡Carruaje, y yo con camisa de color!) ¿Hácia dónde vamos?

CLEM. Á lo último del barrio de Salamanca! (Suspirando.)

ALEJ. (Respiro: es una cursi.) Vive usted en buen sitio! (Mas animado.)

CLEM. No, pero tíene la ventaja de ser casa propia... Un hotelito...

ALEJ. (Caracoles!)

CLEM. ¿Vamos?

ALEJ. Vamos! (Ella con hotel, y yo con hongo!)

VOZ. (Dentro.) Cibeles.

ALEJ. ¿Quiere usted que tomemos el tram-vía?

CLEM. (Despues de un momento.) ¿El tram-vía? Sí señor! (De este modo, nadie podrá pensar mal de mí... Parecerá mi criado.)

ALEJ. (Luciré mi conquista!)

(Al marcharse, tropieza Alejandro con el caballero 2.°; despierta éste sobresaltado y faltándole el apoyo de la silla, cae al suelo. El Cobrador acude á levantarlo riendo á carcajadas.)

CAB. 2.ª (*Muy alterado y sacudiéndose el polvo con el pañuelo.*) Ríase usted! Ríase usted, que la cosa tiene gracia! ¡Si creerá usted que estaba dormido!!!...

(*El Cobrador del tram-vía dice dentro,* «¡Completo!» *y el tram-vía, ya con sus luces encendidas, pasa por el fondo al caer el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

Salon de forma ochavada, amueblado con riqueza y gusto. Una puerta grande al fondo, por la cual se ve la antesala; tres, más pequeñas, y una ventana, ésta á la derecha, en los otros lienzos de la decoracion. Un piano á la izquierda, con libros de música. Á la izquierda, y próximo á un canapé, un velador con periódicos y libros. Consolas y espejos, jardineras y objetos de arte, pero ni un solo cuadro. Dos quinqués, puestos en las consolas, iluminan el teatro.

## ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, DOS CRIADOS, vestidos de etiqueta y sentados en el banco de la antesala, duermen y roncan con fuerza por algunos momentos. Se oye el toque lejano y grueso de una campana, que figura ser la de la verja del jardin, y poco despues otra más próxima y de timbre más penetrante. Los Criados se despiertan, se desperezan y se colocan refunfuñando uno á cada lado de la puerta del fondo. Por ella salen, despues de una ligera pausa, CLEMENCIA y ALEJANDRO, aquella con la sonrisa en los labios y éste turbadísimo. Los Criados se inclinan con respeto; Alejandro les hace tambien una cortesía.

ALEJ. Buenas noches, señores, buenas noches.

CLEM. ¿Qué hace usted?

ALEJ. (Soberbio! Ahora llamo señores á los criados!) Señora... perdone usted mis torpezas; pero es tan singular esta aventura...

CLEM. ¿Singular? No sé por qué la encuentra usted singular. Yo no tenía el placer de conocerle; usted deseaba que comiésemos juntos; le he hecho á usted una invitacion; usted la ha aceptado... Pues si es la cosa más natural y sencilla del mundo!

ALEJ. Confieso, señora, que he estado un poco... Un poco...

CLEM. Un poco qué?

ALEJ. Un poco indiscreto.

CLEM. Jesús! Todo lo contrario.

ALEJ. Todo lo contrario? (Animándose un momento y deteniéndose ante el aire al mismo tiempo burlon y digno de Clemencia.) (Se está burlando de mí, es indudable.)

CLEM. (Quitándose los guantes.) Quítese usted los guantes, por Dios!

ALEJ. Los guantes? (Mirándose las manos y ocultándolas.) (Como no me quite el pellejo...)

CLEM. Vaya! Vaya! Salir ahora con que es usted corto de genio!

ALEJ. Yo?

CLEM. Con que tiene usted vergüenza!

ALEJ. Señora! Yo...

CLEM. Vergüenza por todo, quiero decir.—Si usted supiese el favor que me hace en comer conmigo!...

ALEJ. ¿Favor?

CLEM. Favor, sí señor, favor y muy grande.—Va usted á reirse de mi tontería.—Es una preocupacion que, despues de todo, tienen muchas personas. ¿No adivina usted?

ALEJ. Confieso que no...—Ah! Ya! Vamos, á usted no le gusta comer sola. (Con un poquito de malicia.)

CLEM. No, no es eso; es que sin usted...

ALEJ. ¿Sin mí... (Vacilante siempre.)

CLEM. Hubiéramos sido trece á la mesa.

ALEJ. Trece!... Dios mio! Es decir que vamos á ser catorce?

CLEM. Catorce, sí señor; usted nos ha salvado.

ALEJ. (Catorce! Una cita con coro de ambos sexos!)

CLEM. Ay! Le disgusta á usted lo que le he dicho? (Con tono compasivo.)

ALEJ. Disgustarme? Al contrario, señora; me hace feliz!—Es decir, algo sí me disgusta, porque... como yo esperaba... (Echándoselas de galante.)

CLEM. ¿Qué esperaba usted? (Con seriedad.)

ALEJ. (Cortado.) Yo esperaba... Yo esperaba que seríamos más á la mesa.

CLEM. No: los jueves recibo una sociedad poco numerosa... pero en cambio escogida.

ALEJ. Señora, usted es muy amable. (Notando una sonrisa de Clemencia.) (Hum! Creo que lo de *escogida* no lo ha dicho por mí.)

CLEM. Voy á tomarme la libertad de dejar á usted solo un momento.

ALEJ. (Respirando con libertad.) (Va á dejarme solo!) Señora... crea usted que tendré en ello el mayor placer...

CLEM. ¿Cómo?

ALEJ. (Vaya, hoy si me sacuden, arrojo bellotas.)—Quería decir...

CLEM. Será por poco rato.

ALEJ. Eso es lo peor. (Otra!)

CLEM. Voy á quitarme el abrigo.

ALEJ. El abrigo... Bien... pero... no vaya usted á quitárselo por mí.

CLEM. (Riendo.) No, no; cada cual debe quitarse el suyo.

ALEJ. Ah! Sí... Tiene usted razon. (Empieza á desabrocharse el abrigo, se mira y vuelve á cerrárselo.) (¡Inventor de la americana, Dios te confunda!) (Á una seña de Clemencia, un criado quita el abrigo á Alejandro y se lo lleva con el sombrero.) (Qué criado tan elegante! Si parezco yo criado del criado! (Contemplándose con tristeza.) ¡Estaba escrito!) Señora... Ya se lo decía á usted... Mire usted cómo me encuentro...

CLEM. Ah! ¿Se refiere usted á... Pues esa cazadora...

ALEJ. (Cazadora!) Esta americana... (Marcando.)

CLEM. Le sienta á usted muy bien.

ALEJ. Calle usted, por Dios!

CLEM. Es hasta elegante.

ALEJ. Señora! Si es de una ropería!

CLEM. ¿Sí?

ALEJ. (Vamos á ver ¿y qué necesidad tenía yo de decir que es de una ropería?)

CLEM. La americana debe ser una prenda muy cómoda para casa.

ALEJ. (Sofocado.) Para casa! ¡Nada más que para casa!

CLEM. Ea, conque ¿me deja usted ir á quitarme el abrigo?

ALEJ. Haga usted lo que más le agrade. Tráteme usted sin cumplidos. Como si estuviese usted en su casa... (Estoy hecho una acémila. (Clemencia saluda á Alejandro inclinando la cabeza.) ¿Dice que sí con la cabeza? Ah! no; es que me saluda.) (Clemencia da dos pasos hácia la izquierda.) Permítame usted!... (Va á ofrecerla el brazo con mucha solicitud y la pisa el vestido.) Ah! mil perdones. Ha sido queriendo... (Iba á decir «queriendo darle el brazo» y se detiene á una mirada de Clemencia.) Es decir, ha sido sin querer! Ya tendré otra vez cuidado de no... (Al dar unos cuantos pasos atrás, derriba el velador.) ¡Vírgen del Cármen! Qué es lo que he hecho! (Recogiendo libros y papeles.) No se moleste usted, caballero! (Al criado que acude al ruido.)

CLEM. (Tú me las pagarás.)

## ESCENA II.

ALEJANDRO.

Mire usted, señora... No he roto nada, no he roto nada! Se ha marchado... Tanto mejor! Caramba! Debo estar colorado hasta las orejas. (Mirándose á un espejo.) Sí, en efecto; estoy todo de color *cardinal*. Y el color de moda me favorece poquísimo. Luégo, tengo una barba tan negra como la camisa. Estas camisitas que parece que se las hace á uno el colchonero!... No, la verdad es que

me he portado como un imbécil. En el tram-via no me atreví á dirigirle la palabra, ni á mirarle apenas, y estaba tan confuso y tan distraido que... ¡la dejé pagar! ¡Yo en otras ocasiones tan resuelto y tan... No sé qué demonios tiene esta mujer, que... Y la casa está admirablemente puesta. ¿En qué clase de casa estaré yo? Quién será esta mujer? Sea lo que fuere, ya no hay más remedio: me quedo aquí, cómo aquí y... Y salga el sol por Antequera!

## ESCENA III.

ALEJANDRO y el BARON, por el foro.

BARON. (Entrando sin ver á Alejandro, haciéndose aire con el pañuelo y arrojándose en una butaca.) Yo creí que no iba á acabarse nunca la sesion.

ALEJ. (Éste es uno de los trece, sin duda. Parece preocupado... La señora tiene la gracia, por lo visto, de preocupar á todos los que convida á comer.)

BARON. ¿Hay gente aquí? Estoy que no veo ni oigo...—Mil perdones, caballero; no había reparado...

ALEJ. Servidor de usted.

BARON. Usted desea tal vez hablar á la Baronesa...

ALEJ. La Baronesa...

BARON. Sí, la dueña de la casa. (¿Quién será este tipo?)

ALEJ. (Es baronesa!...) (Consternado.)

BARON. (Levantándose con trabajo.) ¿Quiere usted que se la avise?

ALEJ. No, no! ¿Para qué? (Es baronesa!) Acaba de dejarme... La espero... Va á volver! (Es baronesa!)

BARON. Va á volver?. (Deteniéndose.)

ALEJ. Sí señor. Va á volver!! (Dios mio!)

BARON. (Sentándose con voluptuosidad.) Tanto mejor. Estoy destroncado. Con permiso de usted...

ALEJ. (Ya sentado el baron.) Siéntese usted... Yo se lo suplico!

BARON. (Extendiéndose.) Mil gracias, mil gracias.—Ah! Qué sesion! Qué horrible sesion! (Pausa.)

ALEJ. (Aquí hay que hacerse simpático á todo el mundo.) Us-

ted es diputado, por lo visto... (Con timidez y como quien se cree en la necesidad de decir algo.)

BARON. (Despues de mirarle algo sorprendido.) No señor, por Gijona.

ALEJ. Gijona?. .

BARON. Mi pueblo natal.

ALEJ. Entónces... no le faltará á usted turron. (Sonriendo y esperando decir un chiste.)

BARON. ¿Turron?

ALEJ. Turron de Gijona.

BARON. Ah! Sí señor. (Pues no se toma pocas libertades!) (Nueva pausa.)

ALEJ. Y... ¿decia usted que la sesion de hoy ha sido agitada?

BARON. Agitadísima... El presidente ha roto tres campanillas y ha estado á punto de romperse la suya. (Señalando al cuello.) Un diputado por Coria pidió la palabra y hablaba... hablaba...

ALEJ. ¿En qué sentido?

BARON. ¿En qué sentido? Á lo largo. (Alejandro rie á carcajadas.)

ALEJ. Tiene gracia! Já, já, já! Tiene gracia! (Clemencia aparece en la puerta de la izquierda, y Alejandro se queda repentinamente serio.)

BARON. Ah! Aquí tiene usted á mi mujer.

ALEJ. (¡Su mujer! Casada! Y casada con un diputado... ¿Á que me envian á Canarias? Canario!)

## ESCENA IV.

DICHOS y CLEMENCIA, por la izquierda.

CLEM. ¿Al fin estás de vuelta?

ALEJ. (Y si ella es baronesa, él es baron, indudablemente!)

CLEM. (Á Alejandro.) Perdone usted que le haya hecho esperar tánto tiempo... (Muy afable.)

ALEJ. Señora!... (Qué contenta viene... y qué reteguapísima está!)

CLEM. Antonio, tengo el gusto de presentarte este caballero... (Se saludan.) á quien no tengo el honor de conocer. (El Baron mira con asombro á Alejandro y á Clemencia; Alejandro

queda anonadado.)

BARON. ¿Eh!...

ALEJ. (Ay!...)

CLEM. Lo he encontrado en Recoletos, y ha insistido tánto, convidándome á comer...

BARON. Á comer!... (Alejandro dirige á Clemencia una mirada de carnero á medio morir.)

CLEM. Que yo creería haber faltado á todas las conveniencias sociales no correspondiendo á su atencion. (El Baron se acerca á Clemencia; Alejandro pasa al otro lado.)

ALEJ. Señora!

CLEM. (Con rapidez,) (He prometido á usted que me vengaría, y comienzo á hacerlo.)

BARON. (Clemencia, es preciso que me expliques...

CLEM. Chist!) (Imponiéndole silencio; se apartan un poco y hablan bajo.)

ALEJ. (Apartándose tambien.) (Se lo está contando todo... Va á hacer que sus criados me tiren por la ventana! Á ver... (Asomándose á ella.) Estamos en el principal.)

BARON. (Es chistoso y ha sido buena idea.)

CLEM. Bien, pero no vayas...

BARON. Descuida.) Caballero... (Dando un paso hácia Alejandro.)

ALEJ. (Volviéndose de un brinco.) Señor Baron...

BARON. Celebro tanto la ocasion que se me presenta...

ALEJ. (Balbuciente.) Yo tambien... ce...le...bro...

BARON. De conocer á una persona tan respetable... Siéntese usted, hágame usted el favor.

ALEJ. Señor Baron...

BARON. Siéntese usted... (Advirtiéndose siempre un poco de ira á través del acento burlon de sus palabras.)

ALEJ. Estoy bien de pie... (De pie, debe correrse mejor que sentado.)

BARON. Yo le exijo á usted que se siente.

ALEJ. (Notando su seriedad.) Bien, como usted guste, señor Baron. ¿En el sillon ó en el divan?... (El Baron y Clemencia se rien, señalando un sillon á Alejandro y se sientan ambos en el divan, en frente de él.)

BARON. Conque ¿usted es amigo de seguir á las señoras, eh? (Clemencia tira de la manga á su marido.)

ALEJ. Señor Baron... crea usted que... (Moviéndose mucho.) (Este sillon debe estar relleno de puntas de París!)

BARON. (Dulcificando el tono.) No, no crea usted que dejo de alabarle el gusto.

ALEJ. (Se está quedando conmigo.)

BARON. Es una cosa sumamente agradable algunas veces, ¿no es verdad?

ALEJ. Sí señor, algunas veces... es una cosa... Pero... otras veces... le aseguro á usted que...

BARON. Dígame usted, y dispense mi curiosidad...

ALEJ. Oh! hable usted, hable usted! (Muy atento.)

BARON. ¿Cómo se decidió usted á convidar á mi esposa á comer, sin más ni más, sin conocerla, por su linda cara...

ALEJ. Justo! Por su linda cara... (Sin saber lo que se dice y cayendo de pronto en la cuenta.) (Uf! Á mí me va á dar un soponcio.)

BARON. Exponiéndose á que se abusara de tánta generosidad, y tánto rumbo, y tánta... (Vuelve á exaltarse y Clemencia le tira nuevamente de la manga.)

CLEM. (Antonio, ¿y lo ofrecido?)

ALEJ. Ah! crea usted que si yo hubiese podido adivinar que usted era su esposo... su digno esposo... su respetabilísimo esposo...

BARON. (Calmado ya.) No, de parte de usted ha sido el tal convite una verdadera amabilidad... á que trataremos de corresponder.

ALEJ. Crea usted que yo lamento... más que nadie...

BARON. Ya lo creo que corresponderemos! (Levantándose.)

ALEJ. (Id.) (Ahora va á ser ella!)

BARON. Por lo pronto, es cosa resuelta ¿verdad? usted se queda á comer con nosotros.

ALEJ. (Bien me va á sentar la comida!) Hágase usted cargo...

BARON. ¿Se ha picado usted con mi mujer porque no aceptó su convite?

ALEJ. Señor Baron!...

BARON. Comprenda usted que no podía aceptarlo; que hoy tenía ella uno en su casa... Otro dia será.

ALEJ. Señor Baron!!... (Cada vez en tono distinto. Clemencia no puede disimular la risa.)

BARON. No, no, usted no puede negarse bajo ningun pretexto, una vez que estaba decidido á hacer ese honor (Marcando mucho la palabra.) á Clemencia.

ALEJ. Señor Baron!!!

CRIADO. (Anunciando en el foro.) Las señoras de Rojas.

ALEJ. (Una visita... Me he salvado!)

CLEM. Consuelo y su mamá. (Á Alejandro.) Consuelo es prima mia.

ALEJ. Pues yo, con el permiso de ustedes, me retiro.

BARON. No señor, usted se queda.

CLEM. Usted se queda! Usted se queda! No faltaba más.

ALEJ. (No faltaba más! Eso digo yo!)

CLEM. Le presentaré á usted á esas señoras.

ALEJ. Eh!... (¿No tendrá usted piedad de mí?

CLEM. La tuvo usted de mí en Recoletos?) (Yendo hácia el foro.)

## ESCENA V.

DICHOS y DOS SEÑORAS, por la puerta del foro. La una es una anciana y la otra una jóven rubia.

ALEJ. (Pues señor, me voy á divertir! Y tiene razon, tiene razon... Ah! si de ésta no escarmiento... (Fijándose en la jóven.) Hombre! ¡Qué rubia tan divina! Éste, éste es el pelo rubio que á mí me gusta!) (En el momento en que, ya olvidado de todo, va á ponerse los lentes, Clemencia le coge por la mano.) Ah! Señor Baron... Digo, señora Baronesa!

CLEM. (¡Esta es la pena del Talion.

ALEJ. No: esta es la pena negra!)

CLEM. Tia Luisa, presento á ustedes este caballero, á quien no tengo el honor de conocer. (Las dos señoras le miran asombradas; Alejandro no sabe qué hacer.) Lo he encontrado en Recoletos y... (Continúa en voz baja; Alejandro intenta

un saludo y pega un tropezon; el Baron le coge del brazo y se lo lleva hácia la izquierda.)

ALEJ. (Volviendo la cabeza y observando que las señoras le miran tambien y se rien.) (La rubia me mira y suelta la carcajada... No la había reparado bien: tiene una boca como una espuerta!)

## ESCENA VI.

DICHOS, el CRIADO y UN CABALLERO de mediana edad, que da al entrar el abrigo al Criado y queda de frac y chaleco blanco.

CRIADO. El señor de Bárcenas.

ALEJ. (Viendo de frente al caballero.) (Calla! Éste viene vestido más democráticamente que yo: ¡viene de chaqueta! (El caballero se vuelve para saludar á Clemencia.) Ay! no, que viene de frac! No le había visto por el otro lado. (Echándose las manos atrás, como si buscase los faldones, y estirándose despues la americana.) Ni un faldon para un remedio! Y este pícaro paño que no da de sí!) (Clemencia habla en voz baja con sus convidados y Alejandro es el blanco de las miradas de todos.)

ALEJ. (Yo quisiera ver en mi caso al Cid Campeador con toda su valentía. (Pausa: murmullos y risas.) Se rien... No sé cómo pueden reirse de esto... Yo no le encuentro maldita la gracia!)

BARON. ¿No se sienta usted, señor don...—¿Cuál es su gracia de usted?

ALEJ. Mi gracia? (Mi gracia es hacer el oso!)

BARON. Su nombre...

ALEJ. Alejandro.

BARON. Pues le sienta á usted á las mil maravillas, porque Alejandro era tambien un gran conquistador.

ALEJ. (Ábrete tierra y trágame!) (La señora anciana ha estado quitándose los guantes y la mantilla y va á ponerlo todo sobre el velador; Alejandro la ve y la sigue con intencion de evitarle el trabajo: ella encuentra ocupado el velador y se dirige á una de

las consolas; Alejandro la sigue de nuevo.) Señora... permítame usted...

BARON. Pero señor don Alejandro, ¿todavía está usted siguiendo á una señora? No respeta usted ni la ancianidad?

ALEJ. Yo?... No... (Parándose de pronto.) Ño!... No!! Es que... Miraba los cuadros. (Todos se rien.) ¿He dicho algun disparate, señores? (Muy amoscado.) (Diantre! ¡Si no hay ninguno! Si aquí no hay más cuadro que yo!...)

CLEM. ¿Decía usted algo, señor de... (Acercándose á él.)

ALEJ. (Por los clavos de Cristo, deje usted que me vaya!

CLEM. Ántes de comer? De ningun modo! No ve usted que seríamos trece?

ALEJ. Ah! Es usted cruel... Y sin embargo, tiene usted cara de ángel... se llama usted Clemencia!

CLEM. ¿Piropos?... ¿Jueguecitos de palabras? Ay! Todavía no está usted como es necesario. (Volviéndose á sus convidados.)

ALEJ. ¿No?... (Horrorizado.) (¡Qué querrá hacer conmigo esta mujer?)

BARON. Nuestro antiguo (Recalcando.) amigo don Alejandro... (Alejandro vuelve la cabeza.) hablaba ántes de los cuadros de esta habitacion, y eso me hace recordar que aún no han visto ustedes los que he adquirido últimamente para mi galería. (Á Alejandro.) Usted debe ser aficionado...

ALEJ. Decia usted?.. (Distraido.)

BARON. Aficionado á la pintura, puesto que ve cuadros en todas partes... hastadonde no los hay... Yo tengo algunos curiosos: un Fortuny, dos Zamacois... ¿Le gustan á usted los Rosales?

ALEJ. Cómo!... Ah! Sí! Los rosales... Con locura! Tengo tres en el balcon de mi alcoba... Colocados en sus tiestos... (Todos se rien.) Señores... (Muy picado.) He dicho alguna estupidez? (Vuelven á reirse.) Porque... Porque no me sorprendería nada haberla dicho!

BARON. Conque, daremos una vuelta por la galería ántes de comer. El ejercicio abre las ganas. (El Baron ofrece el brazo á la señora de más edad y el convidado á Clemencia; se dirigen

todos hácia la segunda puerta de la derecha, y apenas han desaparecido por ella. Alejandro se lanza á la del fondo.)

ALEJ. Yo donde voy es á la calle!

## ESCENA VII.

ALEJANDRO y MATILDE, que entra al mismo tiempo que él va á salir.

MAT. Ah!... (Dando un grito.)

ALEJ. ¡Qué es lo que veo!

MAT. ¡Alejandro!

ALEJ. ¡Matilde! (Es amiga de la Baronesa... ¡Qué desgracia!)

MAT. Y usted?... ¿Cómo le encuentro á usted aquí?

ALEJ. Yo...

MAT. Usted conoce á la Baronesa?

ALEJ. Á la Baronesa?... Si yo conozco á la Baronesa?... Usted me pregunta si yo conozco á la Baronesa, ¿no es verdad?

MAT. Pero, cuando está usted en su casa, claro es que...

ALEJ. Sí... es claro... que la debo conocer... (Pero no la conozco!)

MAT. Y ¿desde cuándo...

ALEJ. Desde cuándo?... Desde...—Pero... hablando de otra cosa, ¡qué dichoso soy al ver á usted de nuevo, Matilde! (Con acento lúgubre.)

MAT. Pues su proceder de usted conmigo...

ALEJ. ¡Estaría bueno que me acusára usted despues de haberme dejado de un modo tan...

MAT. Mi carta, ¿no lo explicaba todo?

ALEJ. Yo no he recibido semejante carta.

MAT. La habrá interceptado mi tutor. En ella le decía á usted que me llevaba á la fuerza...

ALEJ. Sí, á los baños de Trillo. (Bien decía Virtudes.)

MAT. Á los baños de Trillo...—Pero, ¿cómo sabe usted esto si no recibió mi carta?

ALEJ. (Mordiéndose los labios.) (Diantre! Qué torpeza!) ¿Cómo?.. ¿Que cómo lo sé? Ah! (Esforzándose por reir.) Éste es mi

secreto!—No me acuse usted de indiferencia, adorada Matilde! Yo he revuelto cielo y tierra para encontrar á usted. He recorrido Madrid por todas partes...¡Los teatros... Las calles... Las tiendas... Los paseos... Las casas de todas las personas que conozco... ¡Hasta las casas de las personas que no conozco!

MAT. ¿Qué dice usted?

ALEJ. Nada, no he dicho nada.—Que la amo á usted como un loco; (Volviendo á besarle las manos.) que estoy, más que nunca, resuelto á que sea usted mi mujer.

MAT. ¿Su mujer?

ALEJ. (Ahora sí creo que he dicho algo.)

CLEM. (Dentro.) Las llaves están sobre la chimenea.

MAT. Alguien viene. (Se suelta de Alejandro y se separan. Alejandro hace un saludo ceremonioso á Matilde y ella contesta con otro de colegiala. Clemencia aparece en la puerta del foro y se detiene al verlos.)

## ESCENA VIII.

DICHOS y CLEMENCIA.

ALEJ. (La Baronesa! Ya lo había olvidado todo.)

MAT. Muy buenas tardes, tia. (Se besan.)

ALEJ. (Su tia!)

CLEM. Muy buenas, mi querida Matilde. (Mira á Alejandro sonriendo.)

ALEJ. (Se rie... Ay!—No: su sonrisa de ahora parece más franca que la de ántes.)

CLEM. Matilde, te presento este caballero... (Matilde saluda muy gravemente; Alejandro se aparta receloso y mirando á Clemencia.) á quien no tengo el honor de conocer.

ALEJ. (Vamos! Se conoce que le ha hecho gracia la frase!)

MAT. Qué dice usted, tia!

ALEJ. (No hay tu tia! (Clemencia retira un poco á Matilde y la habla en voz baja.) Se lo está contando todo, me la está asesinando! Pobrecita! Que sufra yo, está bien. Yo soy un

bandido... Pero esa infeliz ¿qué culpa tiene?) (Adelantándose.) Señora!

CLEM. Mi sobrina es jóven é inocente, y yo debo ponerla en guardia contra un hombre como usted.

ALEJ. Señora! Mi cabeza vale muy poco... pero mi corazon vale más que mi cabeza! (Clemencia le mira y él se turba.) Digo mal, quiero decir que mi corazon vale muy poco, pero mi cabeza vale ménos que mi corazon! (Se ha conmovido, se ha conmovido!—Se rie?... ¡Esto la hace reir!...)

CLEM. Pido á usted mil perdones; mis deberes de ama de casa me obligan... (Saluda y se va por la segunda puerta de la derecha.) ¿Vienes, Matilde?

MAT. Sí, tia. Voy... Pero quisiera repasar el nocturno que he de tocar despues.—Al momento voy. (Acompañándola hasta la puerta y procurando disimular su angustia.)

## ESCENA IX.

MATILDE y ALEJANDRO. Aquella saca el pañuelo y se enguja las lágrimas con disimulo. Alejandro, en el lado opuesto del teatro, no se atreve ni á mirarla. Matilde tose despues de haber mirado de reojo á Alejandro varias veces.

ALEJ. (Sí, ahí está. No tengo valor para mirarla. (Echándola una mirada de soslayo al mismo tiempo que ella vuelve á limpiarse los ojos.) Matilde! Matilde! ¡Está usted llorando?

MAT. No señor; me lloran los ojos, pero no lloró.

ALEJ. Lo que yo he hecho no pasa de ser una locura, una lijereza.

MAT. No señor, un crímen! Mi tia me ha contado...

ALEJ. ¿Qué le ha contado á usted su infame tia?

MAT. Me ha contado... (Sollozando.) que usted sigue todos los dias á todas las mujeres de Madrid, y ¡las convida á comer!

ALEJ. Á todas! Qué atrocidad! Pero ¿no comprende usted que eso es un disparate; que si yo hiciera eso los padres y los maridos me habrían levantado una estátua... que se-

ría más popular que el inventor de la Revalenta Arábiga y que García de la Rosa? (1)

MAT. Niégueme usted que hoy mismo ha convidado á mi tia.

ALEJ. Á su tia de usted... Bien, es verdad.

MAT. Lo confiesa usted!

ALEJ. Á su tia de usted, sí; pero eso es distinto...

MAT. Ah! ¿Usted sabía que era mi tia?

ALEJ. ¿Eh!...—Sí! (Agarrándose á la idea.) ¿Pues no había de saberlo? La convidé para... para venir aquí con ella y encontrarla á usted. (La verdad es que, si no hice eso, eso es lo que ha resultado.)

MAT. Si yo no deseo otra cosa que creer á usted.

ALEJ. Ya lo veo, hija mia, ya lo veo. (Pobrecilla!) Conque pelillos á la mar y ocupémonos de lo que más nos interesa. Usted continúa queriendo casarse conmigo?

MAT. Ay! Casarme con usted! Si usted supiera lo que me ha pasado desde que no nos vemos!

ALEJ. (Alarmado.) ¿Qué le ha pasado á usted, hija mia? ¿Está usted casada?

MAT. Del todo, no señor.

ALEJ. ¿Cómo no del todo?

MAT. Me quieren casar con un tal Manolito Godinez.

ALEJ. Godinez?... No me disuena ese apellido.

MAT. Oh! Es una persona muy estimada en la buena sociedad. Patina muy bien.

ALEJ. Godinez... Godinez... ¿Dónde he oido yo?...

MAT. Mi tutor, don Santos Zaldivar y su mujer, en fin, todo el consejo de familia, que se reune hoy en esta casa, está de parte de Godinez... y conocerá las locuras de usted.

ALEJ. Mis locuras! Conocerá mis locuras! (Asustado.)

MAT. Aunque bien intencionadas, al fin son locuras.

ALEJ. Tiene usted razon!—Pero ¿qué importa el consejo de

---

(1) En provincias, donde este ingenioso industrial no tiene aún toda a reputacion que merece, puede omitírse su nombre.

familia y el mundo entero si usted no me abandona? ¿Usted está resuelta...

MAT. Siento pasos. Sin duda es mi tia que vuelve. Adios! Adios! (Yendo á entrar por la segunda puerta de la derecha.)

ALEJ. ¿Me ha perdonado usted del todo? ¿Me permite usted que le bese la mano? (Cogiéndosela.)

MAT. Déjeme usted!

ALEJ. ¿Me permite usted... (Insistiendo.)

MAT. Bésemela usted pronto, no sea usted pesado! (En este momento, aparece Rufina en la puerta del foro y lanza un grito al ver á Alejandro. Matilde se detiene y vuelve la cabeza.)

## ESCENA X.

DICHOS y RUFINA.

RUF. ¡Ah! (Sin ver á Matilde.)

ALEJ. Rufina! (Vírgen del Tremedal!) Ejem! Ejem! (Mirando á otro lado, tosiendo y procurando disimular su turbacion.)

RUF. (Avanzando.) ¿Es posible, don Leon?

MAT. (Don Leon!)

ALEJ. (Chist!)

RUF. ¡Ha tenido usted valor de seguirme hasta casa de mis amos?

MAT. (¿Qué dice?)

ALEJ. (¿Quieres callarte!) (Á Rufina y más con el gesto que con la palabra.)

RUF. Pues ¿no habíamos quedado citados para el domingo?

ALEJ. (¡Te callas ó...) (Dándole un pellizco: ella ve al fin á Matilde que se ha acercado.)

RUF. Ah! La señorita Matilde! (Confusa y apartándose.)

MAT. (¿Parece que tambien ha seguido usted á Rufina? (Á Alejandro, aparte con él y temblando de dolor y de ira.)

ALEJ. Sí... La he seguido tambien... Pero fué... Fué porque yo sabía que era su tia de usted...—Es decir, la tia de su doncella de usted...—¡Es decir, la doncella de su doncella de usted!

MAT. Basta, caballero, basta. ¡Si ha sido usted capaz hasta de

ocultarme su verdadero nombre!

ALEJ. ¡Yo!...

MAT. Sí, Dios sabe con qué intencion, me ha hecho usted creer que se llamaba Alejandro!

ALEJ. ¿Quién ha dicho que me llamo Alejandro? Yo me llamo... (Dios mio! Cómo me llamo yo?)

MAT. Ése... ése era el amor de usted!

ALEJ. ¡Usted... crée.. (Balbuciente.)

MAT. El mio ha concluido para siempre. (Váse por la derecha.)

## ESCENA XI.

RUFINA y ALEJANDRO.

RUF. ¿Usted conocía á la señorita Matilde? (Con inquietud.)

ALEJ. Sí señora! La señorita Matilde era mi antigua novia y vuelve á serlo.

RUF. Don Leon!

ALEJ. (Ahora ésta me arma un escándalo y me echan á la calle.)

RUF. ¡Es decir que...

ALEJ. Rufina... (Seamos farsantes por última vez.) Yo te he querido con locura.

RUF. ¡Con locura!

ALEJ. No miento. (Con cordura, era imposible quererte.) Pero acabo de averiguar que estás en relaciones con un sargento que va á salir á subteniente el dia ménos pensado.

RUF. (Turbada.) ¿Yo! ¿Quién le ha dicho á usted!...

ALEJ. (Pues era verdad.) En mi desesperacion, he resuelto vengarme de tu infamia; casarme con mi antigua novia. Pero todos los parientes de Matilde están ya en contra mia. Tú me has perdido; tú tienes que salvarme.

RUF. ¿Yo! ¿Cómo quiere usted que...

ALEJ. Dime todo lo malo que sepas de esta familia. En primer lugar todos los secretos de la Baronesa.

RUF. Yo no sé...

ALEJ. ¡Que no sabes sus secretos y eres su doncella! ¿No has

escuchado nunca detrás de una puerta? ¿No has mirado nunca por el ojo de una llave? ¿Eres criada y no sabes hablar mal de tus amos? Pues entónces, ¿qué diablos haces aquí?—Dime algo malo de la Baronesa ó la Baronesa sabrá que te pones sus vestidos para salir á paseo.

RUF. ¿Yo?...

ALEJ. Que las sisas sus jabones!

RUF. ¿Yo?...

ALEJ. Y los polvos de arroz, y la pasta de almendras para las manos, y el agua de Lavanda, y la tohalla de Venus y...

RUF. Yo!... (Dios mio! Este hombre lo sabe todo!) Mire usted... Lo único que...

ALEJ. Despacha!

RUF. Esta mañana, cuando yo guardaba la bata de la señora, se cayó del bolsillo...

ALEJ. Un retrato! (Con alegría.)

RUF. No señor, una carta.

ALEJ. La carta de un amante... Tanto mejor! Rufina, eres una mujer de bien. Dame esa carta.

RUF. Aquí está, pero... (Sacándola del bolsillo y entregándosela á Alejandro.)

ALEJ. Tranquilízate, no abusaré de tu noble confianza. (Leyendo el sobre.) «Señora de Salcedo.» Oye; ¿quién es esta señora de Salcedo?

RUF. La señora toma á veces ese nombre...

ALEJ. Ah! Vamos, sí, es su nombre de batalla. (Abre la carta y lee.) «Señora, permita usted á un pobre padre de familia bendecir la mano que...»—Qué quiere decir esto?—«Hemos recibido los bonos para recoger la ropa, el calzado y las raciones de pan y de carne.» (Á Rufina.) ¿Qué quiere decir esto, imbécil?

RUF. (Temblando y como avergonzada.) Yo... ¡Yo no tengo la culpa de que mi señora sea buena!

ALEJ. (Devolviéndola la carta.) Qué lástima! ¡Salir ahora con que es un ángel este demonio de mujer!

RUF. Yo no sé otra cosa de mi señora... y cuando yo no la sé!... (Guardando la carta y limpiándose las lágrimas con el delantal.)

ALEJ. (Mirando al fondo, por donde pasan, de izquierda á derecha, las personas que indica el diálogo.) ¿Quiénes son esos tipos?

RUF. El novio de la señorita Matilde y toda la parentela.

ALEJ. No tengo más remedio que marcharme y perderla para siempre... Llevar mi merecido! Pero ántes... Ántes llévame á algun sitio desde donde pueda yo examinar á esos verdugos de mi felicidad para fijarme bien en todos ellos y matarlos mañana uno por uno. Yo tengo sed de sangre!

RUF. Ay, que salen! (Yéndose por la izquierda.)

ALEJ. Desde aquí, detrás de la *portiere*, contemplaré á mis víctimas. (Colocándose detrás de la cortina del foro. Durante la escena siguiente, se le verá asomar alguna que otra vez la cabeza, con los lentes puestos.)

## ESCENA XII.

Salen por la segunda puerta de la derecha, CLEMENCIA, el BARON, el BRIGADIER, MANOLITO, D. SANTOS y su SEÑORA, los CONVIDADOS de las escenas anteriores y tres POLLOS que hablan mucho en voz baja con la señorita rubia. El Baron, á poco de empezar la escena, coge un periódico y se pone á leer.

CLEM. ¿No es verdad, Petra, que la aventura es increible? (Á la mujer de D. Santos.)

SANTOS. Más qué increible! Monstruosa! ¡Qué hombres hay en el mundo! ¡Qué hombres!

BARON. ¡*El Cronista*! Á ver que dice de mi interrupcion á Castelar.

BRIG. Pero ¿dónde está el señor de Recoletos? ¿Á que se ha marchado?

CLEM. ¡Gracias á Dios!

BRIG. Lo siento. Me hace á mí gracia un mozo tan decidido como ese.

SANTOS. Usted se chancea, brigadier.

BRIG. No, á fe mia.

SANTOS. Un hombre que sigue á una mujer en un paseo!

BRIG. Bah!

SANTOS. ¡Que la convida á comer!

BRIG. Eso prueba que es rumboso.

SANTOS. ¡Cómo están las costumbres, Dios mio! ¡Cómo están las costumbres!

BRIG. Pues ¿qué quiere usted? Á mí me hacen gracia los hombres que se salen de la regla general. Y á usted tambien, Manolito, no es cierto?

MANOL. ¿Á mí? Á mí tambien, á mí tambien!

CLEM. ¿Cómo! ¿Aprobaría usted por ventura...

MANOL. Señora! Nada de eso! Al contrario! Yo encuentro inconvenientísimo... (En voz baja.)

BRIG. (Que se ha acercado á ellos.) ¿Cómo inconvenientísimo?—¡Jóven... (Dándole un tremendo golpe en el hombro.)

MANOL. ¡Ay!...—Quiero decir...

BRIG. Está usted equivocado!

MANOL. Sí señor, equivocado.—Señora...—Sí señor, equivocado. (Hablando alternativamente con Clemencia y con el brigadier.)

CLEM. ¿Se vuelve usted atrás? (No le faltaba á este ente más que resultar calavera.)

MANOL. Señora... (Me voy á divertir entrando en esta familia!)

CLEM. Pero aquí está Matilde.

MANOL. ¡La encantadora Matilde!

## ESCENA XIII.

DICHOS y MATILDE, que sale tambien por la segunda puerta de la derecha muy abatida.

BRIG. Matilde, aquí tienes á Godinez. Se ha batido bien, y os casais el jueves. (Matilde, que procura disimular su disgusto, vuelve la cara hácia el lado en que está Clemencia.)

CLEM. Qué es eso? ¿Estás llorando?

MANOL. (Que se ha acercado y oido.) De alegría quizá... Ah, señorita! (Matilde le vuelve la espalda y habla con Clemencia, dejando con la boca abierta á Manolito.)

CLEM. (Te repugna esa boda? Ven aquí, hija mia y cuéntamelo todo.) (Se retiran.)

MANOL. (¿Qué significa esto, brigadier?
BRIG. Nada, que no puede verle á usted ni pintado.—Pero eso no debe inquietarle en lo más mínimo.
MANOL. ¡Que no...
BRIG. Con media docena de duelos que usted se busque, bastará para que le adore.
MANOL. Media docena!
BRIG. Con media docena, bastará. Deje usted; voy á hablarla.) Matilde. (Matilde se acerca al brigadier.)
CLEM. (Enamorada perdida de aquel tunante... Qué desgracia!)
BRIG. Vamos á ver! Á qué viene ese llanto? ¿No somos hombres
MANOL. Brigadier!... (Todos se rien.)
CRIADO. (Desde la puerta, y anunciando.) El señor don Alejandro? Vargas.
MAT. Él!... (Ocultándose detrás de Clemencia.)
BRIG. ¿Quién?
CLEM. El de Recoletos!
SANTOS. ¡Qué audacia!
BRIG. Que éntre! Que éntre! Nos reiremos un poco. Se le quitará á ésta el mal humor. (Por Matilde.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y ALEJANDRO, por el foro.

ALEJ. ¿Él consejo de familia de la señorita doña Matilde Castro? (Con desembarazo, pero sin insolencia.)
BRIG. Está usted delante de él, caballero.
ALEJ. (Bajando hácia el proscenio y quedando entre dos grupos.) Señoras... Señores... Yo amo á esta señorita, soy amado por ella y tengo el honor de pedir á ustedes su mano. (Movimiento general. Matilde se refugia en Clemencia y procura ocultarse.)
TODOS. ¡Eh!...
BRIG. (Bajo á Manolito.) (Calma, Manolito!
MANOL. La tengo, descuide usted, la tengo.)
SANTOS. ¡La mano de... (¿Dónde he visto yo esa cara?...)
BRIG. Já, já, já! La cosa es un poco fuerte.

MANOL. (Ap., á D. Santos.) (Se necesita descaro! Un hombre sin posicion!

SANTOS. Un calavera!)

BRIG. Un poco fuerte, pero tiene gracia, tiene gracia! Já, já, já!

ALEJ. Ustedes dirán que yo no soy rico. Es verdad; pero tengo una posicion independiente, (Dirigiéndose al Brigadier.) y puedo ofrecer á mi esposa una existencia desahogada. Puedo ofrecerla hasta trajes de seda de casa de Hissern... y si es preciso, un manton. (Ahuecando la voz.) Sí, señores, un manton!

SANTOS. (Ay, Dios mio! Este es mi hombre de Recoletos!)

BRIG. Y ¿por qué me dice usted á mí todo eso? (Amostazado.)

ALEJ. Se lo digo á usted como se lo diría á otro cualquiera... (Señalando á D. Santos.) Al señor, por ejemplo.

SANTOS. (Me ha reconocido!)

BRIG. Pero tomando en serio, por un instante, lo que sólo merece risa ¿usted cree que yo puedo soñar en que Matilde se case con un hombre de las costumbres de usted? ¿Y la moral, señor mio, y la moral?

MANOL. (Bravo, Brigadier; ha estado usted muy digno!)

BRIG. (Calma, Manolito; calma por Dios!)

ALEJ. Ustedes dirán que yo tengo la manía de seguir á las mujeres... Eso tambien es verdad, pero... caballero! (Yendo hácia Manolito y encarándose con él.) Sepa usted que nunca las he seguido hasta los baños de Trillo!

BRIG. (Los baños de Trillo!) (Azorado.)

MANOL. Bien... pero eso... ¿Á mí qué?...

ALEJ. (Más fuerte.) Nunca hasta los baños de Trillo!

BRIG. ¿Quiere usted decirme qué tienen que ver con la cuestion los baños de Trillo? (Interponiéndose, y muy serio.)

ALEJ. Los baños de Trillo tienen, entre otras cosas, muchas *virtudes*.

BRIG. (Apartándose.) Virtudes? (Conoce á Virtudes! ¡Caramba!)

ALEJ. Virtudes, sí señor, Virtudes! (Al Brigadier, y marcando mucho la palabra.)

BRIG. ¿Por qué me mira usted tánto, señor mio? (Con voz destemplada.)

ALEJ. Porque, para hablar, no puede uno ménos de mirar á álguien.—Hasta ahora, he confesado lisa y llanamente mis defectos: justo es que haga otro tanto con mis buenas cualidades.—En primer lugar, yo soy muy prudente. Yo comprometo alguna vez á las mujeres, pero no me comprometo jamás. (Á D. Santos.) Yo no he firmado jamás una promesa de matrimonio, caballero!

SANTOS. Ni yo tampoco!

BRIG. (Virtudes se lo ha contado todo!) (Con ira.)

ALEJ. (Entre Manolito y el Brigadier.) Además, yo soy sumamente reservado, y si la casualidad pone en mi poder papeles que puedan comprometer á álguien... (Dirigiéndose á Manolito, pegando con el codo al Brigadier, y dándole despues la carta de Virtudes.)

MANOL. Pero... ¿á mí qué...

BRIG. (Mi carta á Virtudes!) (Mirándola de reojo.)

ALEJ. Me apresuro á devolvérselos á su dueño, sin exigir la más leve recompensa.

BRIG. (Guardando la carta.) Ese proceder es muy noble!

ALEJ. En fin, yo soy bravo como don Sancho el idem. Me bato á menudo... Me batí ayer mismo, y Frasquito Vilches, un andaluz que presentaré á usted, (Al Brigadier.) fué quien cargó las pistolas.

MANOL. (Ay!)

ALEJ. Conque... no digo más.

MANOL. No... No es menester...

ALEJ. (Dando una palmada en el hombro á D. Santos, que está con la cabeza baja.) Frasquito, nuestro amigo Frasquito.

SANTOS. Nuestro... Ah! Ya, sí; nuestro amigo Frasquito. (No le conozco.)

ALEJ. Un hombre que carga una pistola...

MANOL. (¡Por Dios, caballero!...)

ALEJ. Como no se carga! como no se carga!

MANOL. (Le suplíco á usted que se calle!) (Desapareciendo del primer término.)

ALEJ. Hecha ya ante el consejo de familia una minuciosa reseña de mis cualidades, ruego á sus dignos indivíduos

que tomen en consideracion mi demanda, y deliberen... inmediatamente... Espero su respuesta. Alejandro Vargas, en casa de los señores barones de Santorcáz, primer sillon de la izquierda. (Sentándose tranquilamente; los otros personajes forman un grupo en el fondo y hablan entre sí.)

SANTOS. (Qué hacer?)

BRIG. (La cosa es grave.)

CLEM. (Dirigiéndose á Alejandro, que se levanta.) Señor de Vargas...

ALEJ. Querida tia!

CLEM. Su tia! Aún no... Yo espero que usted contará con mì aprobacion para esa boda.

ALEJ. Sí señora; cuento con ella.

CLEM. ¡Por los méritos contraidos?

ALEJ. Usted consiente en todo, segura de que la terrible leccion recibida hoy, bastará para que me arrepienta y me enmiende, y comprendiendo que yo soy un hombre en posicion de hacer feliz á Matilde, á quien amo...—no se ría usted, á quien amo!... y que me ama (Muy marcado.) y está dispuesta á casarse conmigo.—Le digo á usted que usted consiente en todo!

CLEM. Se equivoca usted.

ALEJ. En ese caso, recurriré á la señora de Salcedo para que interceda por mí.

CLEM. ¿Usted conoce á la señora de Salcedo?...

ALEJ. Sí señora... De vista. (Poniéndose los anteojos y mirándola.)

CLEM. ¿Y si ella se niega á complacer á usted?

ALEJ. Entónces... revelaré á todo el mundo todas las infamias que sé de la señora de Salcedo.

CLEM. Infamías! ¡Señor de Vargas!...

ALEJ. Diré que la señora de Salcedo, escondiéndose para hacer bien, como otros se esconden para hacer mal... (Con intencion, mirando al grupo del fondo.)

CLEM. (Ah!) (Comprendiendo lo ocurrido ántes.)

ALEJ. Reparte innumerables limosnas y proporciona á las familias pobres alimentos y vestidos... Diré que se hace pasar en el mundo por una dama elegante y amiga de divertirse, y es un ángel que viaja de incógnito... ¡la

grandísima pícara!

CLEM. Señor de Vargas! (En otro tono ya.)

ALEJ. Oh, sí! Yo lo descubriré todo, y Madrid entero cantará sus alabanzas... La conozco perfectamente y sé que este será el mayor castigo para ella.

CLEM. No me da usted miedo: me comprende usted demasiado bien para hacerme traicion.

ALEJ. (Con ansiedad.) Y quien es tan caritativa con tánta gente ¿quitará á un pecador arrepentido la posibilidad de enmendarse?...

CLEM. (Cogiendo de la mano á Alejandro y dirigiéndose á sus convidados.) Señores, presento á ustedes este caballero... (Alejandro no puede contener un estremecimiento.)

BARON. (Dejando el periódico.) ¿Á quién no tienes el honor de conocer?

CLEM. Al contrario; á quien conozco ya, y sé que es digno de Matilde.

TODOS. Ah!... (Con satisfaccion.)

MAT. ¿Es cierto, tia?...—Pero, cuando usted lo dice, lo creo, lo creo!

ALEJ. Ah señora! ¡Qué noblemente se venga usted de mí! Yo pagaré á usted dedicando mi vida á hacer feliz á Matilde!

CLEM. (Á todos.) Es tan digno de obtener su mano, que, comprendiendo que todos los presentes tenemos alguna razon para desconfiar de él, desea no casarse hasta dentro de un año.

ALEJ. (Qué dice?...)

CLEM. Esperando probar con su conducta en todo ese tiempo que vale mucho más de lo que hemos podido juzgar hasta el presente. ¿No es verdad, señor don Alejandro, que me ha dicho usted esto? (Con intencion.)

ALEJ. ¿Yo! (Dominado por una insinuante mirada de Clemencia.) Sí... En efecto... Esa idea...

MAT. (Entre triste y agradecida.) ¿Ha dicho usted eso de véras?

ALEJ. ¡Yo?...—Si... Ya ve usted... Cuando la Baronesa lo asegura... (Me hacen guardar cuarentena como á los buques sospechosos!)

CLEM. Si cualquiera de ustedes tiene alguna observacion que hacer...

SANTOS. Por mi parte, desde el momento en que Clemencia lo propone...

BRIG. Aquí, amigo, lo peor es que esto va á costarle á usted un desafío.

ALEJ. ¡Un desafío? (Caracoles! Ya sospechaba yo que el tio este me la tenía guardada.)

BRIG. Un desafío á muerte... con Godinez!

ALEJ. (Que había hecho un gesto al oir lo de «á muerte», tranquilo por completo.) ¿Con Godinez?—Sepa usted, Brigadier, que yo estoy dispuesto á batirme con Godinez á todas horas!—Á ver; ¿dónde... ¿dónde está Godinez? ¡Señor Godinez!

BRIG. Es un leon! (Entusiasmado.)

CLEM. Por Dios, señores!...—Manolito...—Pero ¿y Manolito? (Todos se apartan y se ve que Manolito ha desaparecido sin que lo notase nadie, ni áun el público.) ¡Se ha marchado! (Todos se rien.)

BRIG. ¡Sí?... ¡Ha hecho usted huir á Manolito!... Lo celebro: prefiero á usted para marido de mi pupila... Usted tiene valor... y otras virtudes. (Con intencion: se dan la mano.)

BARON. (Que, al oir las voces de todos, ha dejado el periódico y venido al proscenio.) Pero ¿se casan de véras?

CLEM. Si tú no te opones.

BARON. Yo no me opongo á nada, sea lo que sea: yo soy diputado de la mayoría y digo á todo que sí.

ALEJ. (Al público.)

La nube se desvanece
y el corazon se me alegra:
aplaudid... si no merece
mi error que de nuevo empiece
á pasar LA PENA NEGRA.

FIN.

| | | TÍTULOS. | Actos. | AUTORES. | Prop. que corresponde |
|---|---|---|---|---|---|

## ZARZUELAS.

| | | TÍTULOS. | Actos. | AUTORES. | Prop. que corresponde |
|---|---|---|---|---|---|
| 2 | 5 c. | ¡Á España! | 1 | D. Navarro y Hernandez | L. y M. |
| | | Als lladres | 1 | Benito Monfort. | Música |
| | | Bromas pesadas | 1 | Navarro y Valle | L. y M. |
| | | Cuidado con los estudiantes | 1 | Augusto Mádan | Libro. |
| | | El año sin juicio | 1 | Sres. Carrion y Pina Dz. | L. y M. |
| | | El can-cán | 1 | Augusto Mádan | Libro. |
| 2 | 3 c. | El sargento Boquerones | 1 | SS. Cuartero y Hernandez | L. y M. |
| 4 | 1 | El talisman conyugal | 1 | Srs. Mádan y Vilamala | L. y M. |
| | | En la venta | 1 | I. Hernandez | Música |
| 3 | 2 | Este coche se vende | 1 | Sres. Mádan y Estellés | L. y M. |
| | | Francisco Esteban | 1 | Hermanos Fernandez. | Musica |
| 4 | 2 | Genio y figura hasta la sepultura | 1 | Mádan y Hernandez | L. y M. |
| 2 | 2 c. | Guzman el Bueno, *ópera* | 1 | Arnao y Breton | L. y M. |
| | | La confitera | 1 | Pina y Barbieri | L. y M. |
| | | La esposa de Putifar | 1 | D. Augusto Mádan | Libro |
| [illegible] | 3 c. | La jaula de locos | 1 | Ricardo de la Vega | Libro. |
| | | Las redes del amor | 1 | Augusto Mádan | Libro. |
| 1 | 2 | Los amantes de Rosita | 1 | Palacio y Monfort | L. y M |
| | | Los cómicos en camisa | 1 | Augusto Mádan | Libro. |
| | | Los tres Adanes | 1 | E. Navarro Gonzalvo. | L. y M. |
| | | Llueven huéspedes | 1 | Augusto Mádan | Libro. |
| [illegible] | 2 | Percances matrimoniales | 1 | Augusto Mádan | Libro. |
| | | Por la tremenda | 1 | A. Rubio | Música |
| [illegible] | 1 | Tres ruinas artísticas | 1 | Lastra y Chueca | L. y M. |
| [illegible] | 3 c. | Una tiple de café | 1 | B. de C. y Espino | L. y M. |
| | | El gran suplicio | 2 | Augusto Mádan | Libro |
| | | Los pajes del Rey | 2 | C. Oudrid | Música |
| | | Nacer en martes | 2 | Sres. Pacheco y Arche | L. y M. |
| | | Novio y marido | 2 | Nav. y N. Gonzalvo. | Libro. |
| | | Novio, padre y suegro | 2 | D. Augusto Mádan | Libro. |
| | 6 c. | Una aventura en Siam | 2 | Sres. Búrgos, Navarro y Hernandez. | L. y M. |
| | | Viaje en globo | 2 | D. Augusto Mádan | Libro. |
| | | A China | 3 | Augusto Mádan | Libro. |
| | | Azulina | 3 | Sres. Liern y Monfort. | L. y M. |
| | | Blancos y azules | 3 | Oudrid y Casares | $^2/_3$ Música |
| | 4 c. | El Mesías—o. v. | 3 | Haro y Cabas | L. y M. |
| | 2 | El siglo que viene | 3 | R. Carrion y Coello | Libro. |
| | | Juana, Juanita y Juanilla | 3 | Alvarez y Lacome | L. y M. |
| | 4 | Los contrabandistas | 3 | Pastorfido y Offenbach | L. y M. |
| | | Rosa | 3 | Sres. Mádan y Offenbach | L. y M. |
| | | Rosicler y Tulipan—a. p. | 3 | Sres. Pina Dominguez y Lecoq | L. y M. |
| | | Sobre ascuas | 3 | Álvarez y Lecoq | L. y M. |

# PUNTOS DE VENTA.

## MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

## PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lirico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.